

Recordar, compartir, aprender

Santa Cruz de Tenerife

Eugenio Pérez Frias, 72 años

Ana Karen Estévez Alonso, 19 años

NAVEGANDO SOBRE UN MAR IMPRESIONISTA

Era una obra impresionista. Los colores estaban puestos casi al azar: azules, blancos, negros, verdes... De cerca parecía un cuadro hecho de manchones, cuyo pintor habría sido algún niño. De lejos se distinguía un pequeño barco surcando un mar tranquilo. Era un cuadro enorme que engalanaba la sala de Eugenio, de uno de los precursores del arte impresionista: Edouard Manet.

El mundo está lleno de historias. Historias recogidas en libros, películas o hemerotecas. Historias que conocemos todos, y otras que se guardan en diarios secretos. Nunca nos paramos a pensar que detrás de las bocas que permanecen en silencio hay palabras que también esconden infinitas historias.

Eugenio tenía las manos entrecruzadas, se mordía los labios y solo alguna vez me miró directamente a los ojos. A pesar de sus 72 años, mantenía una belleza que muy pocas personas logran conservar en el transcurso del tiempo. El cabello blanco, los ojos verdes, la nariz perfecta. Y las manos entrecruzadas, temblorosas y tan maltratadas por el tiempo, el trabajo y la desgracia. Lleno de vergüenza.

Nació en 1937, en Fasnia, un municipio al sureste de la isla de Tenerife. Como todos los de su época creció junto al hambre y la pobreza. Cuando cumplió los ocho años, su madre falleció. Unos años más tarde su padre emigró a Brasil, y nunca más se supo de él. Así, a los 14 años, Eugenio ya era un niño huérfano. Y esto es como caminar sobre una cuerda floja en la que vas sólo y sin protección, cualquier desequilibrio te puede llevar al suelo, como él mismo me contaría. Tenía varios hermanos que fueron marchando a Venezuela. Cuando llegó su turno para reencontrarse con ellos, la vida se pinta de sarcasmo y lo amarra a Tenerife con la mili. Más tarde, conocería a su primera esposa, y con ella, la dicha de ser padre.

Trabajó duro, durante muchísimo tiempo. Y al final, la vida se volvió a pintar de sarcasmo y lo amarro a la misma enfermedad con la que nació: la pobreza.

El Atlántico es un océano enorme. Quizás tan enorme como la existencia. Que esconde un mundo de misterios y secretos indescifrables, y completamente atractivos. Pero esto no era lo que realmente le importaba a Eugenio. Era el último día de trabajo. Y tan solo quería acabar.

La última llamada a los tripulantes para terminar de subir la mercancía, le estremecía. Incluso cuenta que aquel sonido era como escuchar las campanas de la victoria. Tras 25 años trabajando como maquinista de barcos había logrado una jubilación anticipada, una pequeña fortuna, unas manos cansadas y casi una sordera total. Era el momento de descansar. De salir los sábados por la tarde a tomar algo, y observar como la vida con sus movimientos de cintura, pasaba tan alegre.

Ayudó a montar las últimas cajas, y se dirigió a su puesto para empezar la maniobra: observar que las máquinas estaban suficientemente engrasadas y que todo estaba perfectamente en orden. Ya otros chicos más jóvenes habían heredado su trabajo, así que se limitó a supervisar. El viaje dio comienzo.

El mar estaba tranquilo. Decidió ir a popa. Allí, sólo, cerró los ojos y dejó que la brisa suavcita de un verano delicioso le acariciase la cara. Recordó que durante la década de los 50 y 60 trabajó en lo que entonces se llamaría `correillos`. Su principal objetivo era hacer llegar información y cartas de Tenerife a Gran Canaria. Para ello debía viajar largas horas en un barco pequeño, muy parecido a lo que hoy conocemos como pateras. De esa época recordaba el terrible olor a vómito y a desgracia, a tristeza, a pobreza y a salitre.

Con la llegada de las nuevas tecnologías, los correillos se fueron perdiendo, y con ellos su trabajo; pero

su experiencia en el mar, fue currículo suficiente para encontrar otro, esta vez como maquinista, en uno de los últimos barcos del conocido `cambullón`: tráfico de cigarrillos en la Península. Cabe destacar, que entonces, cobraba mucho dinero, por lo que siempre pensó que con todo lo que había ganado era capaz de mantener a su familia hasta que la muerte se hiciera cargo de lo demás. Y ese día del año 1987 sería el último en el que trabajaría. Era el último viaje...quizás.

Ya era prescindible. Y entonces, era feliz. Solo pensaba en todo lo que haría al llegar a casa. Y así se le pasó aquel día. Anclaron en el puerto. Desembarcaron la mercancía y volvieron a Tenerife.

En Santa Cruz le esperaban su esposa y sus hijos, no muy felices. Él les abrazó, y les dio besos, con la seguridad de que su mujer le había guardado su pequeña fortuna, él le prometió una nueva casa, y un automóvil.

Pero vaya sorpresa se llevó cuando se percató de que se hallaba nuevamente en cifras rojas. Entonces, el matrimonio dio un paso atrás. Y él deseó que su último día de trabajo hubiera sido más largo, entonces mantenía las esperanzas de ser rico, para toda la vida. La decepción fue tal, que acabó sólo y en la calle. Y es justamente allí, donde encontró a una mujer intentando cambiar la rueda de su coche. Él como no tenía nada que perder, le ayudó.

Hoy, le agradece a la vida, que detrás de su cara de sarcasmo, escondiese la esencia de la existencia. Que es incluso más grande que el Atlántico. Que le amarrase a Tenerife, que le hiciera conocer a Carmen en la calle, y por una rueda, que ahora, en su casita de madera y abrazado a ella vieran como la vida pasa tan alegre con sus movimientos de cintura.

En la pared, colgado, como una obra impresionista, imaginaba a Eugenio, navegando sobre mares tranquilos, y siendo testigo de hermosos paisajes.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Después de una vida llena de preocupaciones, desalientos, tristeza... Eugenio conoció a Carmen en la época en la que los cuerpos se vuelven marchitos. Él le prometió llevarla todos los sábados al puerto a bailar. Y así fue.

Abrazados en su casita de madera, él le cuenta todos sus secretos, incluso aquellos que nunca dijo a nadie. Entre sus brazos deja de sentirse como en una cuerda floja sin protección. Se siente fuerte, para enfrentar la ausencia de sus padres, de sus hermanos, el desgaste que dejaron los trabajos forzados, la casi sordera, los dolores del cuerpo. Le cuenta sus experiencias más íntimas, le describe los paisajes, y las sensaciones. Le hace tuyas las alegrías, y juntos, todas las mañanas se ríen de la vida. Ellos han descubierto el secreto, que no todos logramos descubrir. El verdadero significado de la existencia, el encontrar el amor para siempre.

“Nunca es tarde cuando la dicha es buena”, era la frase que me repetía todas las veces que logramos vernos. Eugenio es de esas personas que te hacen reflexionar sobre lo felices pero insatisfechos que vivimos en la actualidad. Su humildad trasciende todos los intentos de explicación que se le quieran dar a esa palabra, es muy agradable, y su voz muy tranquila. Es un hombre que parece tan tímido, y a la vez tan apasionado, tan grande y tan bueno y generoso.

Su sueño, es volver a navegar esta vez para mostrarle a Carmen lo bien que se siente la brisa suavecita de un verano delicioso, en la popa, de un barco. Quiere conocer las islas griegas, de las que tanto le han hablado. Con esto, todos sus sueños se habrían hecho realidad.